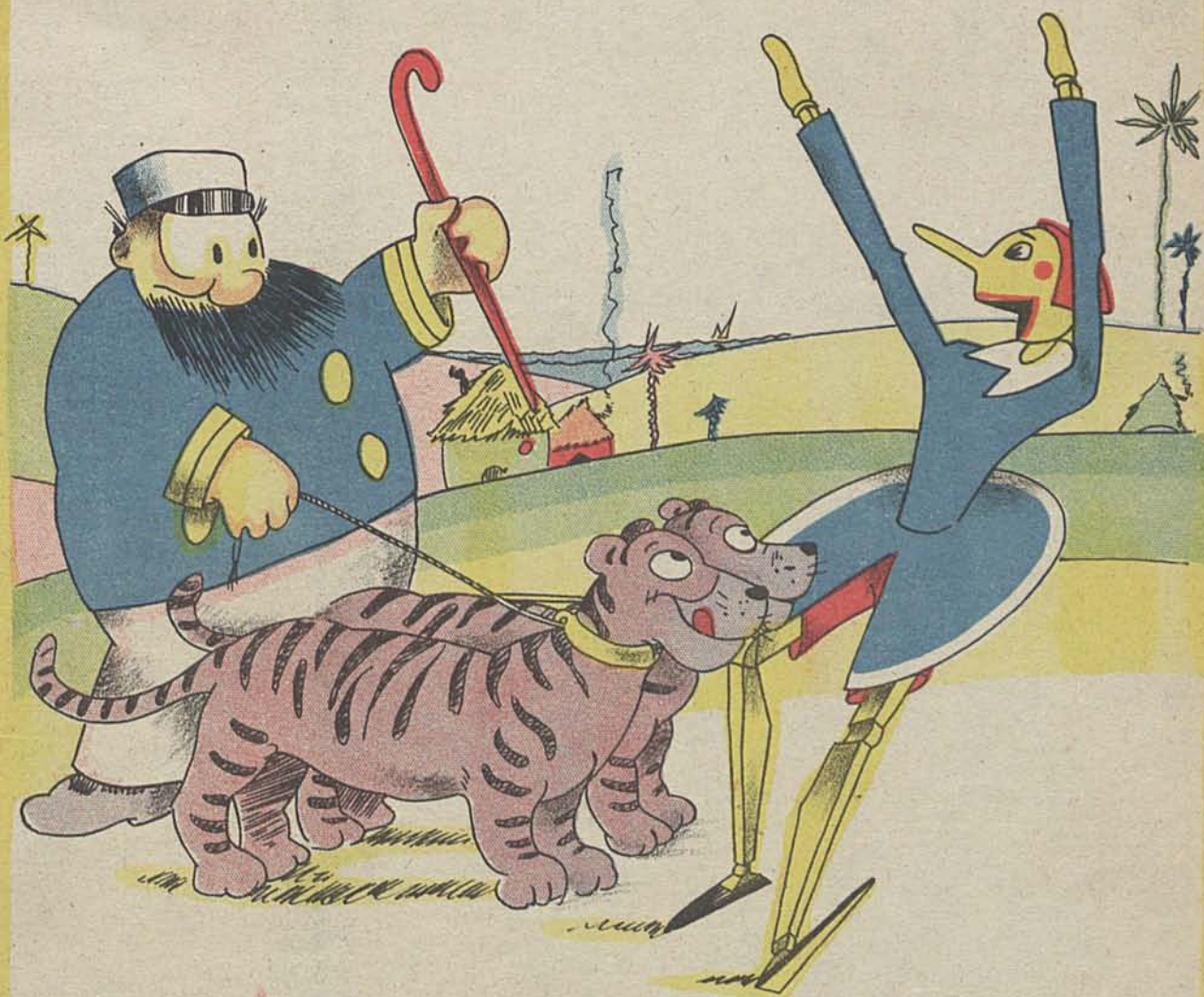


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 313

25 cts

15 FEBRERO
1931



- ¿MUERDEN?
- ¡A QUIEN CONOCEN, NO!
- ¡PUES DIGALES QUE SOY PINOCHO Y QUE SOY MUY CONOCIDO!

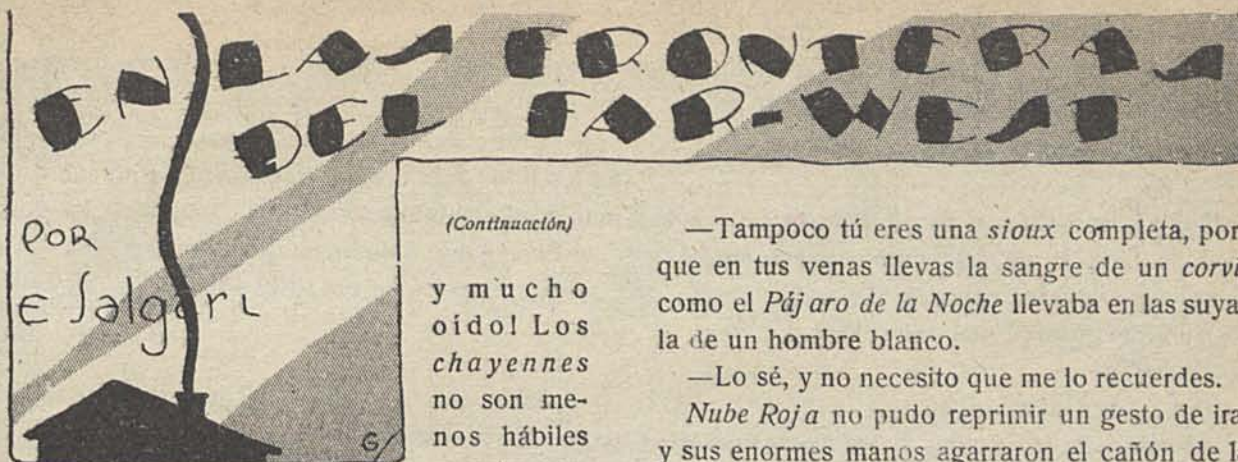
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





presas que los *sioux* o los *arrapahoes*, y ya deben de estar enterados de nuestra presencia.

—¡Fíad en mí y dormid tranquilos!—respondió *Nube Roja*.

En tanto que los tres voluntarios se tendían junto a sus caballos, aguardando el turno de su guardia, el indio tomó su carabina y su manta y fué a sentarse junto al pozo de la mina.

Minnehaha, que debía de poseer una resistencia increíble, le había seguido envuelta en su manto, que aparecía en deplorable estado y negro por el polvo del carbón.

Padre e hija permanecieron algún tiempo sin hablarse, contemplando, o fingiendo que contemplaban, la luna y las estrellas.

—¿Vamos a permanecer así mucho tiempo? ¿Qué diría mi madre, si supiera que todavía no hemos hecho nada?

—¿Que qué diría?—exclamó ásperamente *Nube Roja*.

—Sí. Hace cuatro días que nos encontramos entre estos malditos rostros pálidos, y todavía tienen en el cráneo la cabellera.

—¡Ah! ¿Tú quisieras que ya estuvieran muertos?

—¡Mi madre ya los hubiera matado! ¡Tú no eres un *sioux*!

—¿Quieres decir, muchacha, que porque tu padre es un indio *corvi* no tiene valor?

Minnehaha no contestó.

—¡Habla!—dijo el *corvi* con amenaza.

—No; pero... tú no eres un *sioux*, como mi madre y su tribu.

(Continuación)

y mucho oído! Los *chayennes* no son menos hábiles para las sor-

—Tampoco tú eres una *sioux* completa, porque en tus venas llevas la sangre de un *corvi*, como el *Pájaro de la Noche* llevaba en las suyas la de un hombre blanco.

—Lo sé, y no necesito que me lo recuerdes.

Nube Roja no pudo reprimir un gesto de ira, y sus enormes manos agarraron el cañón de la carabina y la levantaron en alto, como si amenazara matar a alguien de un terrible golpe con aquella culata laminada de hierro.

—¡Se diría—dijo con furiosa cólera—que sientes tener por padre a un *corvi* en vez de un *sioux*!

—Si no fueras un gran guerrero, mi madre te hubiera despreciado—respondió *Minnehaha*.

—Parece que tu madre te ha enseñado a despreciar a tu padre por no ser un *sioux*. No comprendo, sin embargo, cómo entre tantos jefes como pretendían su mano me escogió a mí después de la desaparición del blanco. ¡Ah! ¡Yo creo que aquel coronel la conoció mejor que todos nosotros! ¡Jalta es demasiado mala y demasiado vengativa, y *Manitu*, el Gran Espíritu, no quiere que las mujeres sean tan perversas.

—¡Es mi madre!

—¿Y quién es tu madre?

—¡El orgullo de los *sioux*!

Nube Roja se encogió despreciativamente de hombros, y dijo:

—Las *squaws* o mujeres indias deben permanecer dentro de los *wigwams*, preparando la comida a sus maridos, cosiéndoles los calzones y tejiéndoles los mantos con lana de los carneros de las montañas. El *tomahawah* es demasiado pesado para sus manos.

—Otras mujeres, no digo que no—dijo *Minnehaha*—. ¡Pero mi madre!... ¡Sería capaz de hacerte frente a tí mismo, y hasta de arrancarte la cabellera!

Nube Roja agarró fuertemente por la garganta a *Minnehaha*, como si quisiera estrangularla.

—¡Ahí, en el pozo de la mina!—dijo el indio con voz alterada—. ¡Si te arrojará ahí, maldita serpiente, no saldrías más! ¡Da gracias al gran Manitu de ser mi hija y de ser medio *corvi* y medio *sioux*!

La soltó la garganta, y apoyándola la cabeza en sus rodillas, como arrepentido del anterior acceso, la acarició los cabellos, diciendo:

—¡Duerme: pronto nos relevarán! ¡Duerme, Minnehaha!

La india permaneció silenciosa.

La estación de las lluvias había comenzado en la pradera, y aquella noche empezó a llover; pero el indio, acostumbrado a todas las intemperies y envuelto en su manta, no tenía más que una preocupación: escuchar atento y cubrir a Minnehaha de la lluvia.

Sus agudísimos oídos percibieron al cabo de un rato un rumor lejano, que habría pasado inadvertido para cualquiera que no llevara en las venas sangre india.

—¡Ahí vienen!—dijo a media voz—. ¡Son mis hermanos, porque, como yo, tienen roja la piel! ¿Deberé dejar que se acerquen a estos hombres blancos, a quienes debo reconocimiento por haber salvado la vida de mi hija? Yo podría salir a su encuentro, y gritarles: ¡Soy un compatriota! ¡alta lo haría; ¡pero ¡alta es la encarnación del espíritu del mal!

Volvió a escuchar atentamente durante algunos minutos.

—Sí, vienen—dijo en seguida—, y deben de ser los *chayennes* y no los *sioux*. ¡Salvemos, ante todo, a mi hija y salvemos por ahora con ella a los rostros pálidos!

Se desembarazó de la manta, y levantó con un brazo a Minnehaha.

—Los *chayennes* van a llegar—la dijo.

—¿No serán los *sioux*?

—¡Tu madre está todavía lejos!—respondió secamente el *corvi*.

—Pues sal a su encuentro y date a conocer.

—¿Con esta oscuridad? ¡Tú estás loca, Minnehaha!

—¿Y vas a salvar a los hombres blancos?

—Sí.

—¿Por qué?—preguntó la salvaje, crujiendo los dientes.

—Porque serán los que nos conduzcan cerca de los hijos del coronel, que nosotros no sabemos dónde habitan,

—En el Lago Salado, ha dicho mi madre.

—¡Sí; búscalos en ese sitio!—respondió *Nube Roja*.

—Es que...

—¡Calla, por el Grande Espíritu! ¡Soy tu padre! *Corvi* o *sioux*, no importa, y puedo matarte sin dar cuenta a nadie. ¿Lo entiendes, Minnehaha? ¡Tu madre no está aquí! ¡Te encuentras ante un guerrero de los *corvis*!

—¡Yo le contaré todo lo que me has dicho!

Nube Roja la volvió la espalda y se dirigió al barranco, deteniéndose ante los tres hombres dormidos.

John, Harris y Jorge descansaban descuidadamente junto a sus caballos, teniendo en una mano el rifle y en la otra las bridas.

Nube Roja les contempló algunos instantes con mirada sombría.

Aquellas tres cabelleras le atraían. La sangre india le hablaba más elocuentemente que nunca.

El cuchillo, sin embargo, no salió de su vaina. No era cosa tan fácil desembarazarse de un solo golpe de aquellos tres hombres.

—¡Más tarde se me presentará ocasión!—dijo.

Y les despertó, diciéndoles:

—¡De pie todo el mundo!

El *indian-agent* estuvo de pie en un instante con el rifle en la mano.

—¡Los *chayennes*!—exclamó, mientras Harris y Jorge se levantaban a su vez.

—No sé si son *sioux*, *chayennes* o *arrapahoes*; pero, de seguro, no son rostros pálidos.

—¿Les habéis visto?

—Oído solamente.

—Harris, Jorge, preparad los caballos! ¡Nosotros, *gambusino*. vamos a verles!

Salieron rápidamente, tropezando con Minnehaha, que entraba huyendo de la lluvia.

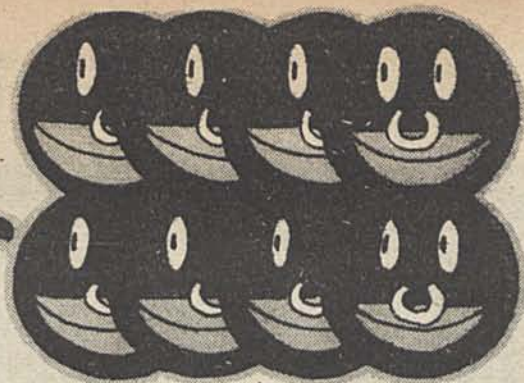
(Continuará en el próximo número.)



COLORÍN Y SU PANDILLA



El rey de los antropófagos



(Continuación)

—Si no le parece mal a Vuestra Majestad le pondremos en el asador relleno de hierbas aromáticas.

—Bueno, pues, que sea en el asador—balbució el desgraciado mozo—. ¡En un asador, Dios mío; en un asador!

—Pero aún os queda tiempo suficiente por delante, pues aún estáis muy delgado.

—Haré por engordar—murmuró el Enanillo conteniendo apenas su ira.

El reino se le había terminado ya al pobre monarca. Su obsesión era ahora la fuga.

¡Huir! no era cosa fácil. Si aquel diabólico ministro hubiera adivinado los pensamientos de su monarca desde aquel mismo día hubiera redoblado la vigilancia ante la cabaña real.

Era natural que el Enanillo no quisiera acabar como sus predecesores. Día y noche andaba maquinando cómo engañar a los salvajes y escabullirse.

Sabía que en la bahía había muchas canoas y que los salvajes dormían durante la noche. Si hubiera podido escaparse de la cabaña sin ser visto de seguro ya no le volvían a ver el pelo, ya estaba un poco harto de aquel pueblo de antropófagos. Mas ¡ay, Dios mío! sus pensamientos no le solucionaban

nada y los días transcurrían acercándose más cada vez al día terrible.

Los dignatarios de la isla después de un atento y escrupuloso examen habían juzgado que ya estaba bastante grueso para hacer excelente papel en el banquete nacional.

Se trataba únicamente de aromatizarlo durante algunas semanas a fin de que sus carnes resultasen más exquisitas. Por esa razón todos los alimentos que le daban ahora al pobre monarca estaban fuertemente condimentados con hierbas aromáticas.

El Enanillo se consumía de dolor y pasaba las noches llorando. El terror había hecho presa en él y no lograba pegar un ojo. Al más leve rumor que oía se lanzaba del lecho con los cabellos erizados y los ojos desorbitados creyendo ver aparecer a aquel bribón del primer ministro con un cuchillo en la mano.

Si, al fin vencido por el cansancio, lograba conciliar unos minutos el sueño, se despertaba de repente soñando que le atravesaban el cuerpo con un asador y lanzaba gritos que alarmaban a los esclavos que tenía de centinelas.

Ya no quedaban más que algunas semanas para la llegada del día fatal y comenzaban ya a hacerse los preparativos para





el gigantesco banquete nacional, cuando el Enanillo, una tarde mientras se paseaba por la baranda del mirador de su cabaña real vió a los rayos del atardecer la silueta de un barco en lontananza.

Por un momento creyó que el corazón le iba a saltar del pecho, tanta fué la emoción que sintió en seguida.

—Si no me salvo ahora no me salvaré jamás—pensó.

Miró atentamente hacia donde se dirigía aquel barco y comprobó que buscaba un fondeadero en la costa meridional de la isla.

Quizá fuese un barco de guerra encargado de explorar aquellos parajes y de vigilar las playas y escollos de aquellas islas.

El Enanillo, seguro de encontrarle si hallase ocasión de fugar, cenó muy a la ligera y luego despidió en seguida a los esclavos diciéndoles que le dejaran dormir hasta muy tarde.

Se tendió, en efecto, sobre su lecho, cubriéndose bien con los mantos de plumas de palomas silvestres y después apagó la rama resinosa que, encendida, le servía de antorcha.

Dos horas después, no oyendo ningún rumor se levantó silenciosamente y se asomó a los agujeros que le servían de ventana.

Los cuatro centinelas puestos por el primer ministro velaban ante la puerta, junto a un palo encendido en llamas y por allí, por lo tanto, la fuga era imposible.

—Hagamos un agujero en el techo—dijo el monarca—. No será una fuga muy digna de mi alto cargo, pero yo renuncio voluntariamente al trono.

Había cogido, por si acaso, un hacha de piedra y su cuchillo de marinero que con cuidado había ocultado desde el primer día.

Procurando en todo momento no hacer ruido alguno recortó el techo de la cabaña formado por frágiles vigas y hojas de banano y en poco tiempo se abrió un agujero suficiente para que permitiese el paso de su cuerpo.

Habiéndose asegurado de que sus esclavos dormían, saltó ágilmente sobre el techo y bordeando en torno a la cúpula cónica hasta llegar a la parte opuesta a la entrada, se dejó caer al suelo sobre un matorral de avellanos.

Creía ya terminado el hecho de un modo feliz cuando oyó al centinela que daba la voz de alarma y poco después a los esclavos que comenzaban a dar gritos desaforados.

—¡Se ha escapado el rey!

El Enanillo no se detuvo a saber más. Empuñó el hacha de piedra y se internó por el vecino bosque corriendo como un ciervo.

Se había orientado con las estrellas y estaba seguro de llegar a la pequeña bahía donde había anclado el barco.

Mientras tanto toda la población de la isla se había precipitado fuera de la aldea siguiendo la pista del fugitivo monarca.

La alarma había sido general y guerreros, ministros, damas y chiquillos se habían lanzado a la caza decididos a recobrar su futuro asado que se les escapaba antes que consentir en sentir las caricias del fuego.

El Enanillo, en cambio, tenía las piernas listas y les llevaba la ventaja de haber tomado una dirección recta y exacta.

Atravesado el bosque llegó fácilmente a la orilla del mar precisamente frente a la nave que había visto llegar aquella tarde.

—¡Auxilio!—gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Soy un náufrago perseguido por los antropófagos!

Los marineros de guardia que velaban en el buque al oír aquellos gritos pronunciados en inglés no dudaron un solo instante y lanzaron un bote al agua.

En el momento en que éste llegaba a tierra, los salvajes, guiados por el primer ministro hicieron su aparición agitando en el aire mazas y lanzas.

Pero el Enanillo ya estaba en salvo. De un brinco se metió dentro de la lancha en tanto que los marineros saludaban a los antropófagos con una descarga cerrada de sus fusiles, matando a varios, entre ellos al primer ministro.

El Enanillo no se había equivocado. Aquella nave era un barquito de guerra americano encargado de vigilar y explorar aquellos parajes.

El mozo fué en seguida recibido por el capitán. Le vistieron, le calzaron y cuando le desembarcaron en San Francisco de California poseía ya una respetable hucha repleta de dinero para recompensarle de la pérdida de su reino.

Ahora he de agregar a lo dicho que fué tal el miedo que experimentó en aquella ocasión que, desde aquel mismo día, el Enanillo renunció para siempre a los azares de la vida marinera.

FIN





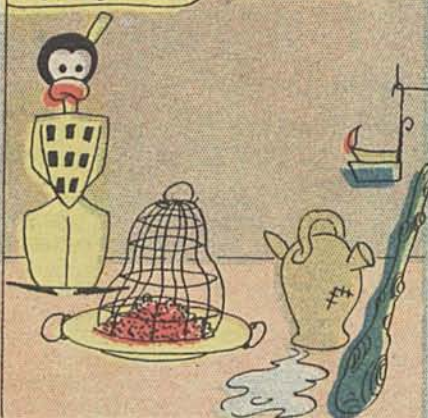
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



MUY SEÑORES MÍOS Y DE MI MÁS DISTINGUIDA CONSIDERACIÓN: LA PRESENTE TIENE POR OBJETO MANIFESTARLES QUE EN LA CALLE DEL BUÑOLETE NÚMERO QUINCE CUENTAN USTEDES CON UNA FOTOGRAFÍA DOTADA DE TODOS LOS ADELANTOS MODERNOS



CALEFACCIÓN CENTRAL, AGUA, LUZ, SERVICIO PERMANENTE DE BOTONES, Y UNA TRANCA INSECTICIDA QUE ASESINA LAS MOSCAS EN CINCO MILESIMAS DE SEGUNDO Y SIN PUNTILLA



Y POR UNA PERRA GORDA, HAGO DIECISIETE RETRATOS Y UNA AMPLIACIÓN DE TAMAÑO NATURAL. EL QUE NO SE RETRATE SERÁ PORQUE NO QUIERE O PORQUE NO TIENE UNA GORDA



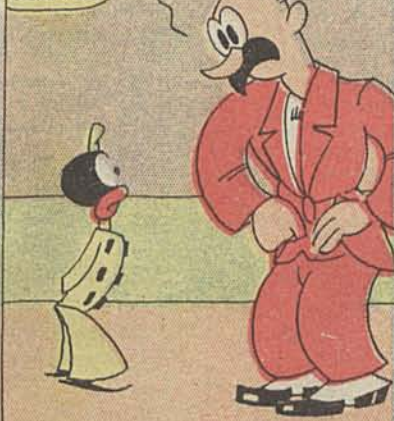
¡YA PICAN!
¡YA PICAN!



NOSOTROS QUEREMOS QUE NOS HAGAN UN GRUPO DE TAMAÑO NATURAL CON UNA DEDICATORIA QUE DIGA: ¡VIVAN LOS NOVIOS!



¡A VER, BOTONES! ¡TRAETE SIETE KILOS DE MAGNESIO, TRES METROS DE MECHA, FULMINANTES, QUESO DE BOLA Y CERILLAS



¡A VER! ¡FUEGO AL MAGNESIO! ¡A LA UNA! ¡A LAS DOS! Y ¡A LAS TRES!



¡MI ABUELA!
¡LOS HE VOLATILIZADO!



Castillo

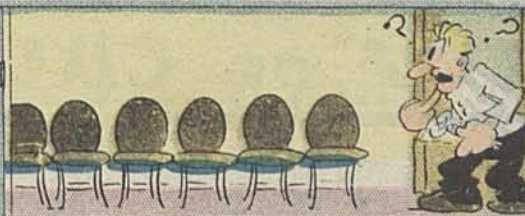
LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¡UYUGUAYY!

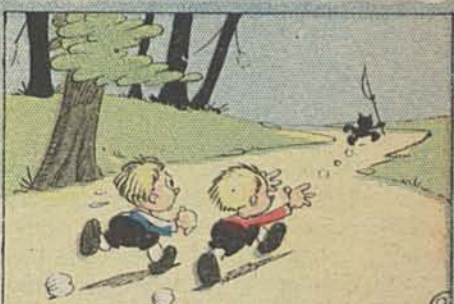
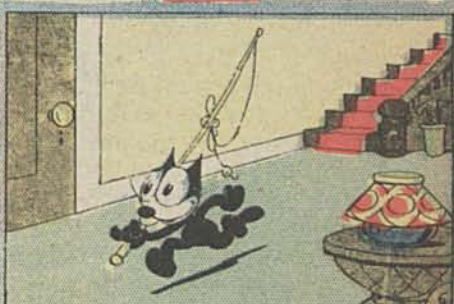
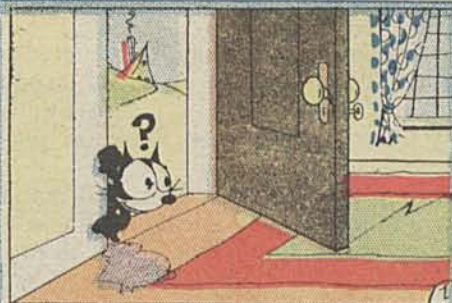


¡UYU-
GUAY-
AY-AY!

DR. YANKEE
DENTISTA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

EL RELOJ DE LOS GENIOS

Casilla



CUÉNTASE que hace muchísimos años vivían en un palacio situado cerca del país de los genios dos Princesas muy bellas, pero de las cuales una, la menor, era más tonta que una mata de nabas. La lista era orgullosa, y aseguraba que su palacio era el más lindo y perfecto de los conocidos.

Un arquitecto que lo vió la dijo:

—Soberbia es la obra; más para ser completa sería preciso colocar en la torrecilla el reloj de las doce aves; pero eso es imposible.

La Princesa lista preguntó dónde se hallaba aquel reloj y cuál era su forma, a todo lo que contestó el arquitecto de este modo:

—Existe en el país de los genios, y consiste en una esfera de acero en la cual están marcadas las horas. En cada una de éstas hay una puertecilla que se abre en el momento oportuno, y deja asomar un número de aves igual al de la hora correspondiente.

La Princesa lista tuvo unos deseos furiosos de ver en la torre de su palacio aquel reloj maravilloso, y, al efecto, ofreció su mano al que lograra satisfacer su capricho; más a pesar de todo, pocos acudieron; y si alguno fué al país de los genios, no ha vuelto todavía.

Cuando más aburrida se encontraba, anunciaron a la Princesa que un joven llamado Milhombres se comprometía a traerle el reloj, y hasta si era preciso, la torre entera.

—Que pase ese gigante—exclamó precipitadamente la Princesa.

Abrióse la puerta, y penetró por ella un muchacho del tamaño de una rata.

—Que pase Milhombres he dicho—replicó la Princesa impaciente.

—Aquí estoy—exclamó el chicuelo dando un salto para que le viera la Princesa.

Y ésta, que creía que el tal Milhombres sería un gigante de veinte varas, soltó la carcajada al ver tan minúsculo hombrecillo.

—¿Y eres tú el que va a traerme el reloj?

—El mismo que viste y calza—replicó Milhombres sin inmutarse.

—¿De qué guisante te has escapado? Métete en un dedal, y duerme allí la siesta.

—No me juzgue por el tamaño, señora Princesa—gritó Milhombres irritado—, porque un puñal es más pequeño que yo, y con él se mata a un gigante. Pero, en fin, me voy, y dentro de un mes estará el reloj colgado en la torrecilla.

A la tonta se le abrió la boca y se le cayó la baba.

Milhombres se encaminó hacia el nido de un águila y le contó su proyecto.

El águila le dijo.

—Yo te llevaré a la torre; pero allí vive el genio encargado de dar cuerda al reloj. Si consigues meterte en su oído y dejarle sordo, quizá logres lo que te propones.

Aquella noche, metido Milhombres entre las plumas del águila, llegó a la hermosa torre de oro donde se encontraba el reloj consabido. A las dos leguas de distancia, el encargado de dar cuerda, que sólo tenía una oreja, pero con un oído finísimo, oyó el vuelo del águila, asomó la cabeza por debajo del reloj, y preguntó al ave:

—¿A qué vienes?

—A darte las buenas noches—contestó el águila—y a decirte que

tengas cuidado, porque trescientos gigantes vienen a quitarte el reloj.

—Gracias por el aviso; pero en cuanto les vea les voy a meter la llave por el vientre y a darles cuerda.

Despidióse el águila, dejando en la oreja de su amigo al valeroso Milhombres, que penetró en ella provisto de una espada del tamaño de un alfiler, comenzando desde luego a dar en el tímpano del genio tan furiosas estocadas que le dejó sordo.

—Qué cosa tan rara—dijo el genio—; en mi vida me ha molestado el oído, y hoy me pica terriblemente.

Mas el picor fué tan en aumento, que el genio quedó definitivamente sordo como una tapia.





Sonaron las horas; mas como no las oyó, llegó a creer que el reloj estaba descompuesto.

Quiso darle cuerda, pero la tenía toda; y creyendo que se había descompuesto la máquina, comenzó a dar gritos de terror, porque su Rey no entendía de bromas y le había ofrecido quinientos azotes el día en que se estropeará la maquinaria.

En aquel punto salió Milhombres de su escondite, y subiéndosele a las narices, le hizo entender por señas que había un relojero en su país que componía los relojes en cinco minutos, y que si quería podía cargar con el suyo, y en un cuarto de hora lo tendría listo y arreglado de modo que nadie echara de ver la falta.

El genio accedió, y Milhombres llevó el reloj al palacio de la Princesa.

—Colócale en la torrecilla—dijole por señas Milhombres—, que ahora saldrá el relojero.

Así lo hizo el confiado genio.

Al día siguiente, muy de mañana, oyó la Princesa lista el maravilloso reloj, y saliendo de la terraza del palacio, vió con asombro que Milhombres había cumplido su promesa.

La Princesa tonta abrió esta vez la boca de tal suerte, que no hubo medio de cerrársela.

Milhombres se presentó ante la Princesa y le dijo:

—¿Eh? ¿Qué tal? ¿He cumplido mi promesa? Pues ahora tiene que cumplir la suya.

—¿Quién? ¿Yo casarme con semejante monigote? Vete a que te den aceite de hígado de bacalao para que crezcas, y cuando llegues a persona hablaremos.

—¿De modo que se niega a cumplir su promesa sólo porque soy chiquitín? Pues voy a dar un estirón.

Y al decir esto, se volvió al reloj y dijo:



—Relojito, relojito, quiero crecer un poquito.

En el acto la manecilla del reloj le tocó la cabeza, y comenzó a crecer Milhombres hasta adquirir el tamaño de una persona crecida.

—¿Y ahora?—preguntó.

La Princesa lista, al verle tan arrogante y tan majo, dijo:

—Ahora sí te concedo mi mano, y serás Príncipe.

—¿Conque ahora

sí? Pues ahora no quiero yo, por orgullosa y por necia. Voy a pedir la mano de tu hermana la boba.

—Haces bien—gritó irritada la lista—Hacéis una buena pareja.

Milhombres se volvió al reloj, y dijo:

—Relojito, relojito, que sea lista necesito.

Y, en efecto, la manecilla del reloj dió un ligero golpecito en la cabeza de la boba, y ésta en el momento quedó más lista que su hermana. La mayor, llena de envidia, se volvió al reloj y dijo:

—Relojito, relojito, que revienten necesito.

Pero como no dijo quién, el reloj dejó caer su manecilla sobre la Princesa orgullosa, y de un empujón la lanzó al aire, transformándola en golondrina.

Al dar las ocho de la mañana salió un lorito a cantar la hora, y dijo a

Milhombres:

—No te dejes llevar nunca de la vanidad si quieres ser feliz en la tierra. Mientras seas bueno se te concederá cuanto pidas.

Celebraron con gran magnificencia las bodas de Milhombres y la Princesa menor, a la cual no volvió a abrirsele la boca ni a caérsele la baba.

La orgullosa estuvo algún tiempo convertida en ave, hasta que Milhombres, compadecido, pidió al reloj la volviese a su forma.

Se arrepintió de veras, y jamás volvió a tener orgullo ni presunción.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué quieres que hablemos hoy, curioso Chonón?

—De la seda. ¿Te parece bien?

—Me parece excelentemente bien.

—Empieza, pues, tu charla.

—Los países más productores de la seda natural, son: China, Japón, Francia, Italia, España y los Estados Unidos.

—¿Has dicho seda natural?

—Claro está. Has de tener presente que a causa de la insuficiencia de producción de las primeras materias, o sea de la fibra que produce el gusano de la seda, ha sido preciso, para atender a la extraordinaria demanda de este producto, fabricar seda artificial; o sea procedente de productos vegetales en combinación con otros productos químicos.

La seda natural es una materia de excelentes cualidades estéticas pues con ella se fabrican ricos y vistosos géneros. Además, de todas las fibras textiles es la más resistente, puesto que un hilo de un milímetro cuadrado de sección puede soportar un peso de cuarenta y tres kilos; y aún así se rompe después de haberse alargado más de cinco veces su longitud.

Es además la seda un aislador excelente, tanto para el calor como para la electricidad.

Posee también facultades higrométricas excepcionales pues empapada su substancia con un treinta por ciento de agua, la retiene durante seis u ocho horas sin perderla del todo.

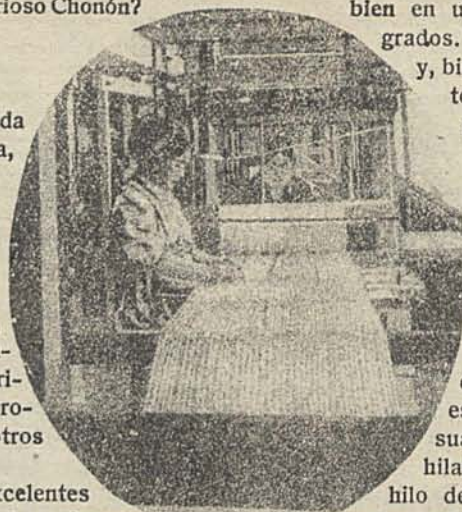
Soporte extraordinario para los colores, pues ciertos tintes negros los admite hasta diez veces su propio peso.

Químicamente la seda es muy parecida a las albúminas; una substancia vecina de la que constituye las uñas, los cabellos, y, en parte, los huesos. La greda que la recubre en estado bruto proviene de su oxidación.

Ya sabrás que la seda procede del gusano de su mismo nombre.

—Lo sé, porque en una de tus charlas me hablaste de ello. Recuerdo perfectamente que el gusano elabora unos capullos con una fibra delgadísima que segrega su cuerpo y que queda encerrado en estos capullos para salir de ellos convertido en mariposa.

—Así es, en efecto. Pero los capullos que se destinan a la industria de la seda hay que someterlos a la acción del vapor de agua a una temperatura de setenta u ochenta grados, con el fin de que mueran las crisálidas contenidas en los capullos. Una vez conseguido esto se ponen a secar a una temperatura suave, después se lavan



bien en un baño a temperatura de ochenta y cinco grados. La extremidad de la fibra única queda libre y, bien sola, bien reunida con otras, se fija a un torno que la devana del capullo sin romperla.

—Parece mentira, con lo finísima que es.

—Una vez devanada, ya tenemos seda, pero en estado bruto. Hay que limpiarla nuevamente de impurezas, y para esto se la sumerge en un agua de jabón hirviendo. Para que esta operación sea lo más rápida posible se mezcla el agua enjabonada con una solución de carbonato de sosa, o de sosa cáustica. Después de este lavado queda la seda sin color, muy suave y muy flexible. Una vez seca pasa a la hilatura, operación que consiste en hacer el hilo de seda mediante la reunión de dos, tres, cuatro, seis fibras, según la finura y consistencia que se quiera obtener. Hecho el hilo ya está en disposición de poder tejer con él.

Las fábricas de hilados de seda disponen de maquinarias semejantes a las de los demás tejidos si bien sus complicaciones son más delicadas ya que las telas elaboradas son las que más altos precios alcanzan en el comercio, por ser las más solicitadas por el buen gusto.

Antiguamente todos los trabajos de elaboración de tejidos de seda se hacían a mano lo que encarecía notablemente el artículo.

Una vez hecha la tela se tiñe del color que se le quiera dar. En estos tintes se aprecia el caprichoso buen gusto de la imaginación humana, pues se obtienen sedas de colores bellísimos que unidos al brillo natural de aquella materia hacen de estos tejidos un verdadero recreo para la vista.

La industria de la seda ha producido verdaderas fortunas, sobre todo a las famosas sederías francesas establecidas en Lyon cuya reputación no ha podido sobrepasarse ni por alemanes, ni por ingleses, ni por americanos, ni por japoneses.

—¿Y España? ¿No me has dicho que trabaja también la seda?

—Antiguamente más que ahora. Valencia fué el centro de producción más importante hasta el punto de que para su contratación se construyó un magnífico edificio (la Lonja de la Seda) cuyas bellezas pueden aún admirarse hoy día.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Una chiclelina
Santiago Colmenero



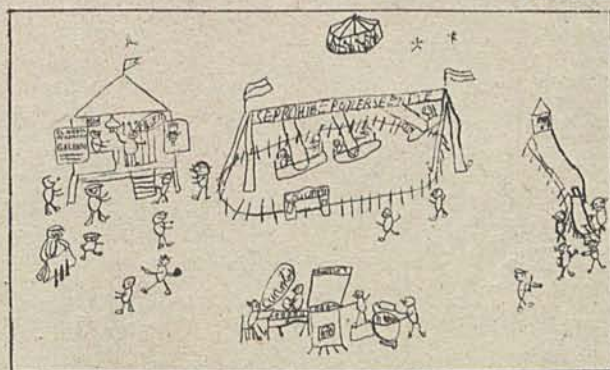
Un bandido
S. Pérez Rivas



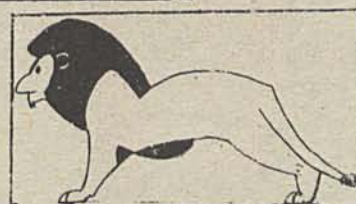
Una joven
J. R. Lillo



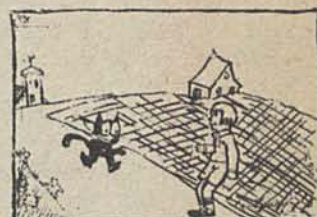
El divino pastorcillo
Inés Jaraquemada



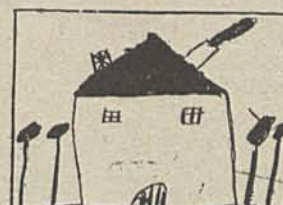
De verbena.—Juanito Gómez



Un león.—Joaquín Torres



Escena dramática
Julián Orcazarán



Mi casa.—Amalia Domingo



Día de primavera
Pepe Barroso



Currinche
María Martínez



Mi muñeca
M. del Carmen Echániz



Navío de Vasco de Gama
Francisco Mayán Fernández



Guerrero
Vicente Giner



Un cubo
Titi Pérez



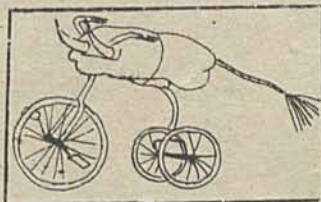
Pirolete
J. Moreno



La casa de Pirula
Pilar Romeo



Mendigo
P. Bendicho



El toro de mi hermano
Teresa Ortiz de la Huerta



Pirula.—Robert



Currinche
E. Fernández



Chapete
Lidia Sermes



Miss Cercedilla
J. Orcazarán



Multimillonario
A. Ufano



Un automóvil.
Juanito de la Serna



Un buen chut
Carlos Torán



Un crucero.—Juan Español

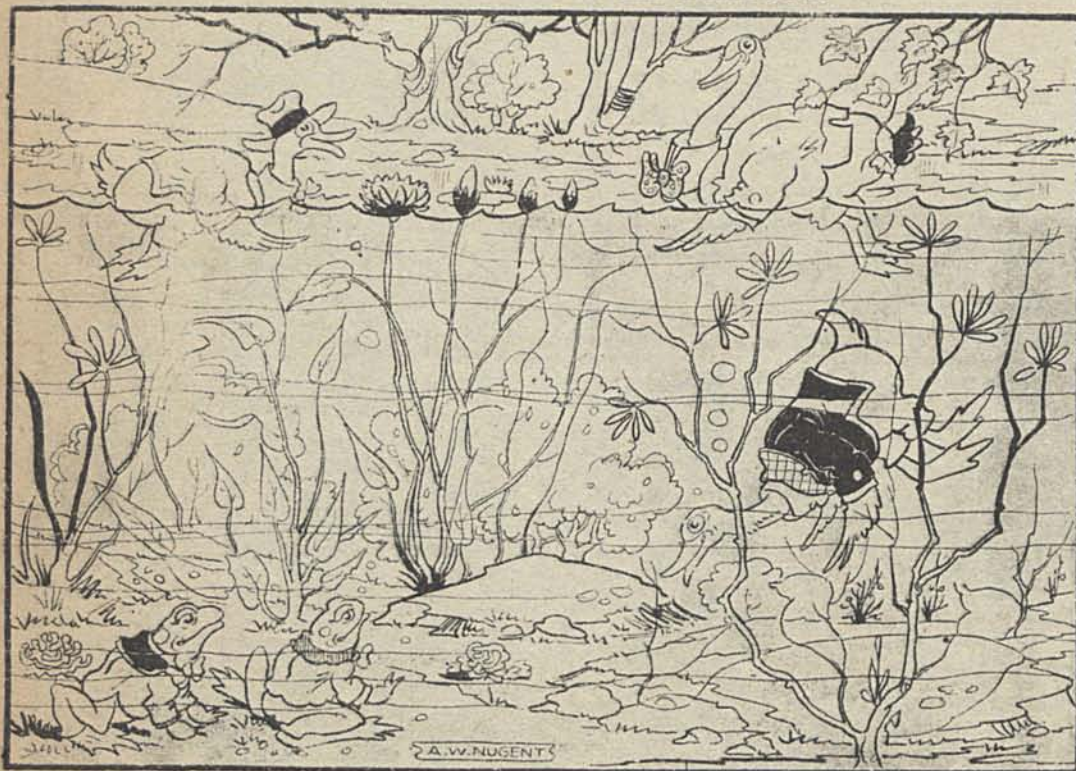


Miembros de familia
Un desconocido

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL PEZ, EL CONEJO Y LA TORTUGA



Una vez, hace muchísimo tiempo, una tortuga y un conejo estaban tomando el sol en las orillas de un lago.

De repente a través de las aguas vieron un hermosísimo pez.

Y tanto a la tortuga como al conejo les entraron ganas de comérselo.

Y se arrojaron tras él en las procelosas aguas.

¿Dónde están la tortuga, el pez y el conejo?

EL PERRO

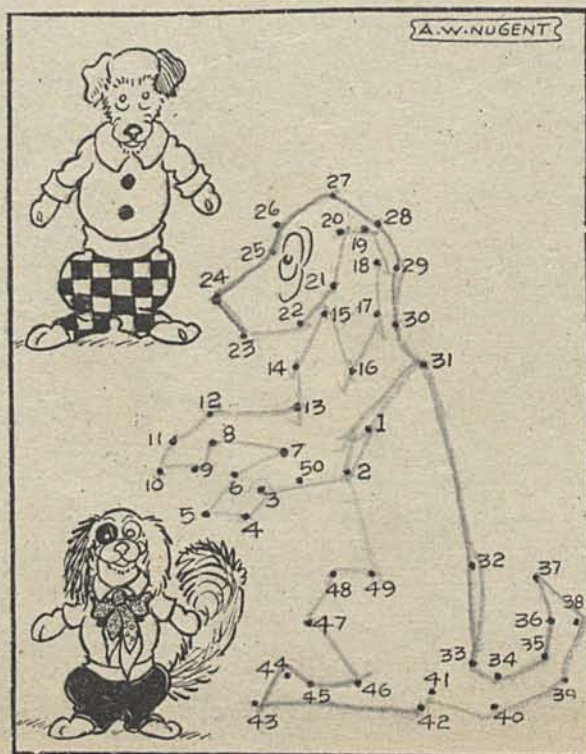
Una de las cosas que más intrigan en el mundo son las risas y cuchicheos dados sin ton ni son.

Por eso sospecho que al ver sonreír a estos animalitos estaréis justamente intrigados.

No os preocupéis, insignes pinochistas.

Para averiguar por qué están tan sonrientes estos perros hay que coger un lápiz y, después de sacarle punta, unir los números con líneas.

Pronto averiguaréis la causa de sus risitas.



ANITA

BUEN-CORAZON



¡DESDE QUE ME ENTERÉ DEL HALLAZGO DE UNA BOTELLA CON UN MENSAJE DE MI AHIJADA NO CESO DE SURCAR LOS MARES EN SU BUSCA!



¡O ES ILUSIÓN MIA O EN LONTANANZA SE DIVISA UNA ISLA; CAPITÁN!



¡MIENTRAS TANTO EN LA CABAÑA ANITA SE PUSO PEOR, JUAN SIMÓN NO CESA DE LLORAR Y PELUCHO CON UN INSTINTO SOBRENATURAL SALE A LA PLAYA



¡Y VIENDO PASAR UN BUQUE SE PUSO A LADRAR CON TODA LA FUERZA DE SUS POTENTES PULMONES!

¡GUAAU!
¡GUAAU!



¡MIRA CAPITÁN!
¡ALLÍ HAY UN PERRO QUE ES PELUCHO!
¡ALLÍ ESTÁ ANITA!



¡UNA CANOA AUTOMÓVIL AL AGUA INMEDIATAMENTE!



¡APRISA! ¡MUY APRISA! ¡MAS APRISA!



¡PELUCHO!
¡ARF!



¡PELUCHO! ¡MI QUERIDÍSIMO PELUCHO! ¿DÓNDE ESTÁ ANITA?



¡GUÍAME PELUCHO, PUES ARDO EN DESEOS DE VER A MI AHIJADA!



¡SEÑOR EL CIELO OS ENVIA PARA SALVAR A ANITA!

¡POBRE ANITA! ¿QUÉ TIENE?



¡QUE VENGA INMEDIATAMENTE EL MÉDICO DEL BUQUE CON ENFERMERAS Y MEDICINA!

Reg. © T. P. O. Copyright 1938, by The Chicago Tribune



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

LA BOLA DE NIEVE (FIN)

Mientras la pobre Elsa contemplaba desconsolada la llanura blanca, se agachó y, distraídamente, fué a coger un montoncito

de nieve para hacer una bola, como aquella que tan mal resultado le había dado, cuando se la quiso arrojar a la terrible vieja.

Pero al ir a hundir sus manitas en la nieve vió que ésta se movía; Elsa retrocedió asustada; en seguida comprendió que lo que ella tomaba por un montón de nieve era un precioso animalito blanco, de piel fina y suave; era, en fin, un armiño.

—¡Qué mono! ¡Qué gracioso!—exclamó entusiasmada.

Y cogiendo el armiño entre sus brazos le dió un beso.

Entonces ¡oh maravilla! el pelaje nívico cayó al suelo y el armiño, creciendo y transformándose de repente, se convirtió en un joven que dijo:

—Soy el príncipe Olaf, hijo del rey. Un día, patinando en el lago ví a la vieja, dueña de esta casa y le gasté no sé qué broma inocente; pero ella para vengarse me transformó en un animal que se confunde, por su blancura, con la nieve y me condenó a permanecer bajo esta forma hasta que una joven me diera un beso. Creí que aquello no llegaría nunca, pues hasta ahora todas las muchachas que me han visto han intentado matarme para hacerse con mi piel en cuello o un manguito, y he tenido que huir para librar mi vida de sus deditos despiadados. Sólo tú, linda Elsa, has sido buena y, con tu beso, me has salvado devolviéndome mi forma humana. Te quiero; buyamos y nos casaremos.

¡Casarse con un príncipe! Elsa sintió una gran alegría al oír esta proposición; aquello valía aún más que patinar y hacer bolas de nieve. Pero de pronto su boquita rosa hizo un puchero desconsolador.

—¡Huir!—dijo—es imposible; la vieja me retiene aquí prisionera y puesto que, por lo que veo es una bruja, cosa que ya me figuraba yo, si me escapo sabe Dios de qué sería capaz para castigarnos a los dos.

Y se echó a llorar.

El príncipe, muy conmovido por sus lágrimas (como que era bueno y estaba enamorado) preguntó:

—¿Hasta cuándo te retiene prisionera?

—Hasta que encuentre un fuego tan ardiente que consiga abrasarla; un fuego mucho más fuerte que el de cualquier chimenea. Tanto monta decir que no me dejará nunca marcharme y que tendré que estar aquí toda la vida.

Y sus lágrimas cayeron más copiosas.

El príncipe reflexionó largo rato; de pronto, se golpeó la frente:

—¡Ya está todo salvado!—exclamó—. Puesto que no hay medio de encontrar un fuego que le caliente los huesos a esa vieja friolera, vamos a burlar su malicia; tengo aquí a una fiel amiga que nos ayudará.

Y llamó:

—¡Pulguina! ¡Pulguina!

Elsa vió acudir una criaturita microscópica, toda vestida de negro.

—Amiga Pulguina—le dijo el príncipe Olaf—acuérdate que cuando yo era armiño siempre te ofrecí hospitalidad en mi pelaje suave y cálido.

—Me acuerdo y te estoy muy agradecida—dijo Pulguina dando tres saltitos, pues no podía estar quieta un momento.

—Pues bien, demuéstremelo; necesito que le des unos cuantos mordiscos de primera clase...

—... ¿a quién?—preguntó Pulguina relamiéndose.

—A la vieja, dueña de esta casa.

Pulguina torció el gesto:

—No podías elegir peor—murmuró—esa horrible bruja tiene una piel seca sobre unos huesos durísimos. Sin embargo, porque tú me lo pides, lo haré. ¿Conque dices que unos cuantos mordiscos de primera clase?

—De primera clase para que se rasque como una desesperada y que la piel le arda como...

—¡Ah!—interrumpió Elsa con un grito de alegría—ya comprendo. ¡Qué listo eres, príncipe Olaf! ¡Qué buena idea has tenido!

—Temo no bastar para realizar una labor tan importante—dijo Pulguina—Llamaré a mi primo para que me ayude. Y llamó:

—¡Mosquitín! ¡Mosquitín!

A esta llamada acudió un jovencito, todo vestido de verde, que decía:

—¡Zzzzz! ¿que deseas, prima Pulguina? ¡Zzzz! ¡zzzzz!

Cuando la bruja entró renqueando, apoyada en su nudoso bastón, preguntó con su risita burlona:

—¡A ver, a ver, ese fuego que me tienes preparado! ¡Pues sí que has hecho mucho, está la chimenea casi apagada! Hija mía tienes prisión para rato.

Pero se interrumpió y lanzó un grito: Pulguina, deslizándose bajo su refajo, le había pepado en una pantorrilla un terrible mordisco; mientras que la vieja se rascaba, Mosquitín la emprendió con su cuello, sus brazos, su cara; la vieja, exasperada se rascaba, gritaba, gemía, rugía; al fin, exclamó sin darse cuenta:

—¡Estoy abrasada!

—Entonces has perdido—dijo tranquilamente Elsa— Y yo puedo marchar.

Al oír estas palabras y ver aparecer a su otra víctima, el príncipe Olaf, que estaba oculto en un rincón, la vieja sintió tal rabia que se desplomó y... se derritió; sí, se convirtió en un montoncito de nieve, porque aquella vieja era la Bruja de los Hielos.

Elsa y el príncipe Olaf se casaron y vivieron felices; en invierno se iban juntos a patinar por el lago; pero lo que nunca, nunca, volvieron a hacer es una bola de nieve.

